

nuestro Padre y bajo sus apariencias se esconde el Salvador. ¿Hay necesidad de más para excitar nuestra ternura?». . .

—Vimos su cuidado por la amabilidad aun en las cosas que parecen pequeñas—el saludo sonriente, el favor siempre otorgado, la entrevista siempre cordial—y su deseo de rodear de santa amistad a los buenos y de hacer comprender a los malos que no se les desprecia. «Especialmente con los jóvenes—dice—puede ser efficacísimo este tácito lenguaje de los múltiples artificios que la caridad sabe inventar: quizás en un corazón duro a la voz de la fe puede penetrar la del amor».

Para Ferrini «la mansedumbre, la dulzura, la amabilidad con todos son una parte integrante de nuestros deberes. ¿Aquí hay—dice—todo un apostolado!».

Su conducta, pues, regida por estas ideas no es más que una aplicación fiel de su *Reglamento*: «La caridad del bien moral de los demás será mi primer cuidado. Hablando a los demás de Dios le rogaré que termine la obra con su acción inefable. Si no tengo éxito no perderé la esperanza y suplicaré con mayores instancias. Si lo tengo, a El la gloria y el honor, a El que, para las obras grandes, escoge cuanto hay de inepto y despreciable en esta tierra».

Pero añadamos algo que tiene difícil trascendencia al exterior: el espíritu de mortificación de Ferrini. Ponderando los daños que a la juventud determinan la incredulidad y el vicio, afirma: «No creo que exista remedio mejor que el ofrecimiento de nuestros padecimientos por el bien de nuestros hermanos. Es imposible que el Corazón de Cristo lo rechace. El alma que llora y sufre para que venga su Reino, ejerce un poderoso apostolado. Muchas veces más que todas las fatigas y trabajos de predicadores y misioneros ante los ojos de Dios vale un amoroso holocausto, que se asemeje al de su Hijo».

Toda su vida está salpicada de pequeñas, pero constantes mortificaciones: «Durante las comidas—dice en su *Reglamento*—procuraré siempre alguna mortificación... y fijaré antes de ponerme a la mesa la mortificación que he de hacer en ese día. Respecto al café guardaré gran indiferencia y, pudiendo, no le pondré azúcar. Resistiré a los deseos de azúcar u otras cosas aun cuando me pareciesen necesarias, acordándome de que siempre es bueno combatir la gula... Durante las comidas pensaré en Jesucristo bebiendo hiel... para compensarlo con alguna mortificación... Al oír desgracias o pecados de los demás pediré inmediatamente por ellos».

